

CESEDEN

REFLEXIONES ACERCA DEL CAMPO DE POSIBILIDADES QUE OFRECE
LA TRANSFORMACION EN CURSO DE ESPAÑA Y DE LA SOCIEDAD
HISPANO - HABLANTE

- Por el Profesor D. Manuel LIZCANO PELLON.
Presidente del Seminario "FAS y Sociedades
Modernas: Mundo Hispánico", del Instituto Es-
pañol de Estudios Estratégicos.

Agosto-septiembre 1982

BOLETIN DE INFORMACION nº 157-VIII

I N D I C E

	<u>Páginas</u>
1. Las tesis "europeístas" que fundamentan la integración española en la C.E.E. son extensivas a nuestra unión con la sociedad hispánica de naciones.	1
2. Hay que hacer complementarios el proyecto español del último medio milenio, el nuevo que estamos elaborando y el de la C.E.E.	9
3. La inserción creadora, no mimétrica, del hombre español en la nueva sociedad post-industrial naciente.	13
4. La reafirmación de la propia identidad cultural del Occidente hispano, en el relanzamiento actual de todos los pueblos y culturas. La agresión cultural de los modelos importados.	17
5. La nueva alternativa del humanismo hispano emergente....	19
6. El salto de nivel a la democracia comunal	21
a) Una economía comunal, en tanto que sistema que mancomuna y no divide.	21
b) La nueva democracia de participación plena.....	22
7. Estructuras comunales y sociedad avanzada	27
8. Una sociedad de civilización humanista es posible	29

	<u>Páginas</u>
9. Los cuatro grandes ciclos comunialistas hispánicos.....	31
10. El modelo comunal de sociedad avanzada	33
<u>Notas bibliográficas</u>	35
<u>Anexo.</u> Guión temático de un estudio fundamental que ha-- bría de desarrollarse, para un análisis prospecti- vo de la "nueva realidad" española.	37
0. Marco de referencia. La escena mundial en la que hemos entrado: la década de los ochenta.	37
1. Escena de la "nueva realidad" española	37
2. Escena de la "nueva realidad" en la sociedad hispano-ha-- blante o hispánica.	38
3. Antecedentes para la memorización informática fundamen- tal al proyectarse un relanzamiento creador español e his- pánico.	39
4. Hechos y grupos portadores de futuro, desencadenantes del nuevo campo de posibilidades español y de la sociedad hispa- no-hablante.	40
5. La aportación española e hispánica a la búsqueda de la sali- da necesaria, ante la primera "crisis mundial" de la evolu- ción humana.	42
6. Porhaceres prioritarios en la "nueva realidad" española e hispánica.	43

- - - - -

1. Las tesis "europeístas" que fundamentan la integración española en la C.E.E. son extensivas a nuestra unión con la sociedad hispánica de naciones.

Los argumentos en los que se ha venido insistiendo oficialmente, para presentar ante la opinión pública española la necesidad de la incorporación de nuestro país a la Comunidad Económica Europea, es evidente - que no se oponen a la necesidad de una integración española simultánea en una Comunidad Hispánica de Naciones reconstituída, como viene propugnando reiteradamente Su Majestad el Rey. Antes bien, la complementariedad de ambos proyectos salta a la vista.

Un proceso de unión económica española con la C.E.E. que no considerase innegociables los vínculos previstos, así como los futuros, de toda índole, que mucho más profunda y esencialmente unan a España con los restantes países miembros de su propia comunidad cultural, acarrearía para esta sociedad cultural hispano-hablante -y por supuesto, dentro de ella para la propia España- daños históricos irreversibles, que nunca se podrían justificar después con los ocasionales beneficios transitorios que de momento pudieran ocasionarnos.

En este sentido, la sostenida orientación hacia Iberoamérica del 80 por 100 de las inversiones de capital español en el exterior, coinciden - con la áspera interpelación del Sistema Económico Latino-Americano (S.E.L.A.), en la pasada primavera, advirtiendo del grave perjuicio inmediato -

que a Hispanoamérica ocasionaría una incorporación española a la C.E.E. que no impusiera, al menos, el mantenimiento de los actuales términos de intercambio que nos vinculan con nuestros países hermanos.

Los argumentos que acabamos de aludir, en justificación de la integración española en la C.E.E., vienen siendo aproximadamente los siguientes:

1) La C.E.E. es una comunidad de trescientos millones de personas y España necesita integrarse hoy en una comunidad de esa magnitud, precisamente dentro de una Europa de la que nunca deberíamos haber salido.

2) Integrándose, España puede hacer mejor su necesario cambio de estructuras económicas, que ya no puede ser meramente coyuntural, si queremos aumentar y no perder nuestra condición competitiva en los mercados internacionales.

3) Europa es la patria de la democracia y la libertad; y en Europa se valora altamente no sólo nuestra ejemplar transición a la democracia, sino más aún la anticipadora experiencia a una democracia de pluralismos, de autonomías, que hemos afrontado los españoles.

4) Es necesario que, en un trance difícil como el que atravesamos, a España se le proponga un desafío innovador de esa importancia, porque ya advirtió Toynbee que los pueblos históricos dejados a su inercia o a su mera prosperidad mueren.

Y 5) Y quizás lo más importante: el abanico de elección de productos que el consumidor español iba a tener a su disposición al incorporarse a la C.E.E. iba a incrementarse notablemente.

La complementariedad de estos argumentos con los que nos tienen que unir cada vez más estrechamente respecto al resto de nuestra sociedad hispánica, saltan a la vista.

En primer lugar, es evidente que en España circula hoy un excedente de energías que no tienen mejor empleo que el de integrarnos en una comunidad de 300 o de 500 millones de personas. Es obvio que otra alternativa integradora para España podría ser el Pacto Andino. Efectivamente, la población hispano-hablante -o hispanopensante, o hispanosentiente- en los distintos continentes y enclaves de la Tierra, andaba durante 1979 en los

480 millones de habitantes, y a finales de 1980 no baja ya de los 500 millones.

Pero estas gentes no sólo son más, casi el doble que los europeos -271 millones, al concluir 1979, incluyendo los 10 de Grecia-, sino que constituyen la proyección actual de los hispanos -españoles y portugueses- extendidos por toda la Tierra a partir del siglo XVI y mestizados en distintas formas que siguen haciendo hispanas sus actuales sociedades -casi siempre nacionales; pero también firmes y expansivos enclaves culturales, como el de los 20 millones de hispanos en USA.

En cuanto al PNB europeo triplica al de la comunidad hispana, igual que el de Estados Unidos; pero la década de los 80 ofrece el mayor crecimiento mundial previsto en Iberoamérica; su riqueza de recursos, energía y posibilidades es muy grande -Francia e Inglaterra tratan de entrar económicamente en aquellos países con todo el despliegue de medios que tienen a su alcance-; las empresas mixtas hispano-filipinas ofrecerían un horizonte ilimitado para el acceso al mercado chino, etc. Eso aparte de que, por muchas que sean las discrepancias, España siempre estará "en casa" en la comunidad hispana; y "en casa ajena" en la comunidad europea.

Puestos a integrarnos, nunca ha sido problema insalvable para los grandes promedios de españoles y portugueses, o para los demás hispanos entre sí, o ahora a la inversa, cuando vienen nuestros americanos o los filipinos a España, ampliar con el "trastierro" la patria de origen a la patria de adopción y acogida. En cambio, nada parecido a eso ha encontrado nuestra emigración de la última generación a Europa, salvo el caso excepcional del universitario cosmopolita.

Y en cuanto al juicio de que nunca debimos salir de Europa, está apoyado en una historiografía que caducó hace tiempo. En realidad fue Europa la que se salió del proyecto ecuménico de la Monarquía Hispana. Frente al unificador y universal proyecto erasmista de los primeros Austrias -levantado al precio de destruir antes militarmente nuestra democracia comunera-, luteranos, puritanos y príncipes europeos no descansan hasta que el proyecto ecuménico de España, incansable y duramente hostigado, queda reducido primero a las Indias o nuevas sociedades hispano-mestizas de Ultramar, para ser al final sistemáticamente destruído desde comienzos a finales del siglo XIX.

Pero hoy, vueltas las aguas a sus cauces, es evidente que no existe obstáculo alguno para que la diplomacia española, en cualquier mo--

mento, proponga a las Cancillerías del Pacto Andino, y a las de México y Lisboa, Buenos Aires, Brasilia y Manila, alguna forma de tratado de mercado común, en cuyo seno realicemos la reconversión estructural pendiente de nuestra economía, y desde cuya nueva comunidad sigamos negociando con la C.E.E. el tratado comercial que más ventajoso resulte para ambas partes.

Al fin y al cabo, todo seguiría igual. El paso de los 350 dólares per cápita a los 4.000 lo hicimos los españoles solos: partiendo de un país deshecho, de ningún "plan Marshall", de un implacable cerco económico y de una actitud internacional hostil al Gobierno español de entonces. A la vez, poner en marcha cuanto antes una "comunidad económica hispana", o interhispana, siempre nos permitiría imponer las preferencias económicas que hubiéramos establecido a favor de nuestros países hermanos con prioridad a las que pudieran exigírsenos, por la Convención de Lomé, a favor de las antiguas colonias inglesas y francesas.

Porque en definitiva, la opción que tenemos ante nosotros no podemos aceptar que sea excluyente: o C.E.E. o Comunidad Económica Hispánica; sino cuál de las dos formas de "comunidad económica" resulta para los españoles prioritaria y cuál secundaria. Dado que lo que realmente nos exige la historia, la cultura, el idioma, la proporción entre las paces y las guerras de los últimos quinientos años, más la inversión humana y de recursos en que España se volcó durante el mismo período, es que concedamos entera prioridad a la comunidad económica hispana; así como un régimen de unión complementario a nuestros vecinos europeos, con quienes es muy deseable, desde luego, que mejoremos en todo lo posible la vinculación actual.

Con los demás hispanos de idioma o de cultura, o de sistema de valores propio, lo que nos une es una patria grande de identificaciones esenciales, que los mismos linajes hemos hecho juntos a lo largo de quinientos años, sobre el antecedente imborrable de los anteriores quinientos años del comunismo peninsular y aborígene americano. Con los vecinos europeos, aquellos primeros quinientos años -los medievales- los vivimos de espaldas; y los quinientos segundos de contraposiciones histórico-culturales de tanta radicalidad, que lo que hoy nos une sigue perteneciendo a dos sistemas de vida o dos cosmovisiones muy diferentes.

Además, tenemos que adaptarnos muy deprisa a un entorno sumido en un proceso de cambio vertiginoso. Pero esto no nos afecta sólo a los españoles. Es hoy el caldo de cultivo en el que están forzados a redescu-

brir y replantear su identidad cultural todos los pueblos de la Tierra que vayan a ser capaces de sobrevivir a esta crisis mutacional para la que no existen antecedentes comparables.

Si los españoles queremos sobrevivir, pues, tendremos que sacrificarnos. Nuestras estructuras industriales, mercantiles, agrarias, científicas y tecnológicas, retributivas y de organización de la comunidad trabajadora, venían necesitando hacerse menos pesadas, más justas y más limpias, si tienen que soportar en las mejores condiciones de agilidad, seriedad y eficacia nuestra presencia competitiva en los mercados internacionales. Este objetivo tiene que pasar a ser una empresa nacional, que nos apasione a todos. Algo parece irse logrando ya. Todo ello es cuestión de un gobierno muy firme, que ofrezca a la nación un interjuego de poderes y satisfacciones indispensables entre sus pluralismos -el de los pueblos peninsulares e insulares autónomos; el de las corrientes y proyectos ideológicos, el de los subsistemas de la economía capitalista privada, la empresa pública y la empresa asociativa, cooperativa o comunal- y de sus fuerzas de unidad centrípeta -sociedad y cultura españolas de ayer, de hoy y de mañana; Estado, fuerzas armadas, estrategia nacional; estrategia empresarial nacional y estrategia nacional de la comunidad trabajadora, aunque sea sólo en base, para empezar -más allá de las simples medidas circunstanciales-, al consabido consejo económico y social.

Es evidente que en cuanto al tipo de democracia y al modo de gobiernos libres, a los españoles, fundadores con el régimen comunero de la democracia directa en la Europa que se abría a la modernidad, nos queda muy corta la democracia del puro o clásico liberalismo económico, con su elitismo de intermediación representativa, plutocrática y de parlamento controlado por pequeños grupos de intereses y de partido. El paso a una democracia de comunidades no ha hecho más que empezar entre nosotros. Se nos pasará pronto el "horror a la historia" que hemos heredado de las dos últimas décadas del franquismo; y nuestra comunidad política irá haciéndose cada vez más reciamente democracia social y económica, de participación, democracia de comunidades.

En lo que respecta a Iberoamérica y Filipinas, siguen siendo simplemente el banco de pruebas de España. Mucho de lo que antes -durante lentos siglos- se hizo, no debió hacerse nunca: fue fruto de la mitad sombría y no de la mitad luminosa de España. Mucho de lo que entonces quedó por hacer está, sin embargo, en perfectas condiciones de realizarlo esa mitad luminosa que está emergiendo sin cesar en nuestros países, superpuesta a la respectiva mitad sombría de las "nuevas naciones hispanas" que

sucedieron, a partir de la Independencia, al gobierno ecuménico peninsular en las nuevas Españas indianas. Pero mucho de lo que ha quedado por hacer sigue estando en la nueva mitad luminosa de la España que ha nacido a su reencontrada plenitud democrática, a condición de que podamos reabsorber a tiempo nuestra medio prosáica y adocenada, medio crispada, mitad sombría que ahora parece llenarlo todo entre nosotros.

Por otra parte, es bien cierto que España necesitaba este trance de desafío histórico en el que ya vamos entrando, y que lo acredita la generalizada conciencia de malestar ambiente. No tenemos peores condiciones de fondo de las que había hace seis años. Lo que sí ha cambiado es el consumo mismo ingenuo, alegre y confiado, de la prosperidad recién descubierta por entonces. El español va llegando hoy a una situación en la que empieza a tener que asumir grandes responsabilidades, como en los mejores tiempos. Sobre unas bases económicas, políticas, culturales y sociales o comunales más que sobradas para un enérgico despegue colectivo, lo que los españoles necesitan hoy es una gran empresa del espíritu -ya no de ninguna Iglesia, pero mucho menos de ninguna burocratizada multinacional del poder cuyos productos se nos venden ahora en exclusiva- que nos una de nuevo en el servicio del hombre de nuestro tiempo.

Lo que tenemos que hacer constituye un hermoso desafío histórico, no porque nos tengamos que unir a una Europa que no es excesivamente rica en juventud, ni en novedad ni en espíritu creador; sino más bien porque nuestro sistema de vida y de valores, incluso cuando ingresemos en la C.E.E., es el mismo de los quinientos millones de iberopensantes y hay que aprestarse a ponerlo de nuevo a punto para el decisivo momento universal que se acerca y no debe sorprendernos aletargados, pensando equivocadamente que todo el empeño histórico de los españoles tenía que reducirse en esta nueva época a perseguir la prosperidad.

Porque el punto realmente débil de la argumentación "europeísta" estaría en pensar que España pueda estar siendo esencialmente una sociedad de consumidores. Claro que éste, más que suyo es un error de la Europa "comunitaria", con todos sus antecedentes burgueses; racionalistas, economicistas, mercantilistas y desertizadores de lo que sea la experiencia constante del espíritu. Los arquitectos fundamentales del hombre hispano se han movido siempre en otra dirección. Y los próximos breves años que tenemos ante nosotros, hasta que Europa regule sus nuevas políticas agraria y presupuestaria, y el replanteamiento de sus nuevos intereses frente a nuestra incorporación y competencia, son precisamente los años justos para que la comunidad española sepa a qué carta quedarse en cuanto a su integra

ción: en qué medida con Europa y en qué medida con el resto del mundo hispano. Parece que habría llegado, pues, la hora del gran diálogo nacional, a la máxima altura de las ideas y la conciencia, para que nos aclaremos lo que queremos ser y hacer de cara al final del siglo.

--- ---

2. Hay que hacer complementarios el proyecto español del último medio milenio, el nuevo que estamos elaborando y el de la C.E.E.

De este modo, la imagen genuina y la energía dinamizadora, el reto histórico actual o el ya aludido "Banco de pruebas" de España, siguen estando de nuevo, igual que anteaer, en Iberoamérica, en Filipinas, en toda la sociedad iberohablante: en la formidable empresa conjunta que todas las Españas dispersas seguimos teniendo ahora, y más prometedoramente que nunca, por hacer. Nuestros actuales fragmentos de Estados nacionales, necesariamente independientes, pero aberrantemente dislocados, aparecen así en todo su anacronismo ante quienes conocemos tan de cerca de España como América o nuestra Asia hispano-mestiza, y desde esta vivencia radical hemos llegado a sentirnos tan profunda y lealmente miembros de la comunidad española como de la hispano-hablante de todo el planeta.

Nuestros Estados decimonónicos cobran así, en la crisis actual, su clara figura de meros restos del gran naufragio en que terminó la primera fase experimental del proyecto universal de España: aquel Occidente hispano fraguado por la simbólica Monarquía Hispana común, y a cuyas expensas sigue corriendo, hoy como ayer, la más lúcida aspiración universal nunca formulada -si se exceptúa el propio cristianismo- a la realización del hombre libre en un verdadero Nuevo Mundo, Ciudad o Sociedad de libres.

Ante la perspectiva que ahora nos abre la conmemoración del Quinto Centenario de América y Filipinas, y la consiguiente creación regia

de la Comisión encargada de trabajar en este sentido durante toda la presente década, hay que replantear toda la estrategia internacional de España. Ya que España nunca ha dejado de ser, en este aspecto, la maqueta experimental, el gran laboratorio básico de experiencias sociales y humanas de este Occidente hispano, ahora en trance de clara recuperación o renacimiento. Para el cual sería necio desconocer que Europa es un condicionamiento científico y económico de gran importancia, pues nos da la medida del desafío tecnológico, mercantil, racional y material al que tiene que responder nuestra autoafirmación en curso; así como de la magnitud mínima indispensable que tienen por alcanzar nuestras relanzadas potencialidades planetarias.

Pero no es menos cierto que eso no le basta a nuestro pueblo; que el encaminamiento humanista hacia una sociedad de libres en común -la cual sólo puede irse descubriendo en la medida en que nos adentremos en esta nueva ruta desconocida- es la voz que está esperando escuchar de nuevo nuestra gente española, e hispana de todos los puntos de la Tierra, igual que en las mejores épocas; que es bien cierto que las hubo, como lo ha investigado y demostrado hoy la desarrollada ciencia hispanista internacional.

Lo que está esperando proseguir ahora la doble humanidad entera de los españoles y de los hispanos, no es menos que el relanzamiento ya en marcha de nuestro inconfundible proyecto ecuménico, universal. Y es incluso la expectativa y el desconcierto universales lo que está exigiendo de nosotros esta participación o movilización real de nuestro pueblo histórico -comunidad trabajadora mas cuadros innovadores y selectivos-, en busca por segunda vez de nuestra constante cultural del Nuevo Mundo, de la Humanidad Nueva para todos los hombres.

Es bien cierto que tenemos que ir a Europa; pero apuntando más allá de lo que hay en Europa. El despertar de una "Europa como evasión" no podría ser para nosotros más que una nueva pesadilla, cuando no mero pretexto para seguir atados a nuestro ya superado "complejo de enanismo" y de vencidos históricos. Sólo podemos ir a Europa para seguir buscando como busca Europa; pero una vez unidos de nuevo, antes de adherirnos a la C.E.E., con nuestra reconstruida Comunidad hispana de naciones. Sólo entonces tendrá verdadero interés para Europa y para nosotros, una unión de España con Europa en la que nos sea posible a todos ejercer el poder de sacar, de donde todavía no los hay, una sociedad nueva y un hombre nuevo, capaces de rebasar el nivel de la crisis mundial presente.

Si España no lleva a Europa otra cosa que un mero objetivo de incremento de prosperidad, y no el de afirmarse a sí misma, de modo que

le sea posible realizar mejor su sistema de vida de hombres libres, solidarios y ecuménicos, en unión absolutamente prioritaria con nuestros hermanos de la familia iberohablante, mejor es que nos quedemos fuera. Porque salirse luego, cuando el español viera entonces que se había metido en una trampa, añadiría innecesarias complicaciones adicionales en nuestro ya difícil camino.

La aventura nueva en que tendríamos que embarcarnos con nuestros socios europeos, al incorporarse a la C.E.E., hay que reconocer que puede ser interesante, a pesar de todo, que es mucho; pero aún más graves que los riesgos que nos ocasionen los europeos serían los de nuestra propia desintegración, dadas nuestras inoportunas tensiones internas; o los de hacer definitivo nuestro separatismo del resto del mundo hispanohablante; y en suma, los riesgos de dimisión de nuestra común cultura y proyecto universal -hasta quedarnos fuera quizás del propio sistema de vida que contribuimos esencialmente a crear-, o de no saber hacer lo necesario para que siga estando a la altura de sus altas responsabilidades mundiales en este crítico momento histórico.

Es un paso demasiado grave para darlo sin cobrar antes conciencia de lo que estamos haciendo. Lo que nos jugamos en ello, dada la capacidad de trituración tecnológica que se cierne sobre los que estén o se pongan en situaciones comprometidas, es ya literalmente ser o no ser. Se trata de algo, pues, que hay que pensárselo más de dos veces, antes de que sea tarde; haciéndolo no sólo los españoles, sino en estrecha consulta y concertación previa con Iberoamérica. Pues la alternativa de no abordar -ahora, con coraje y reflexión colectivos, la segunda fase del proyecto español, no sería otra que nuestra extinción, como pueblo, de la vanguardia humana.

Es así como para estos nuevos españoles de hoy -Gobierno y Oposición, pensadores y empresarios, universitarios, sindicalistas y cooperativistas, especialistas y campesinos- nuestra función verdadera, en razón de la cual vale o no la pena de haber vivido, consiste en ser exportadores de liberación del hombre y de nuevos modos de solidaridad mancomunadora. Porque en ello se concreta ahora este proyecto hispano, o ibéricoamericano, que nos es común a España e Iberoamérica, a Portugal, a Filipinas y a los demás pueblos del mundo -incluidos los ahora naciendo- que guardan en su identificación nacional rasgos imborrables de nuestra compartida fuerza cultural creadora.

--- ---

3. La inserción creadora, no mimética, del hombre español en la nueva sociedad post-industrial naciente.

Precisamente el proyecto hispano tiene su dimensión intrínseca y universalista, igual que su garantía de vigencia reactualizada, en aquella singular capacidad agónica incesante de síntesis y reequilibramiento desde la crisis radical de la propia existencia, ante toda suerte de conflictos, que es lección bien asimilada de nuestra época anterior de "sociedad abatida" y de consiguiente marginación histórica. Conflictos en la invención de cuyo nivel de superación innovadora consiste siempre la razón de ser de todo proyecto y experiencia colectivos; pero de cuya solución creativa es de donde fluye precisamente la única fuente de futuro inagotable de la que disponen las comunidades humanas.

De estos conflictos críticos, hechos de nudos que sólo puede desatar -para que merezca la pena seguir viviendo unos y otros- el poder que está en la raíz del pensamiento, la antropología o el paradigma cristiano de la vida de los libres; es decir, el poder del libre en común, tenemos ahora los españoles y los hispanos un buen puñado, justo para poner a prueba nuestra capacidad de abrir nuevos caminos, algo más lúcidos, en el curso actual de la sufrida realización del hombre. Quizás sea oportuno, de paso, en el esfuerzo por comprender nuestra situación real, aludir a algunos de esos conflictos más acuciantes.

- La unidad de cada sistema de vida nacional -español, mexicano, etc.-, abrir sin embargo a la legítima autonomía de sus pueblos regionales, de sus "patrias chicas", en el hacer solitario de la "patria grande".

- El irrenunciable nacionalismo de cada Estado actual, apoyado en las fuerzas armadas que tienen por función defender a nuestros mismos Estados y comunidades nacionales -como protagonizó arriesgadamente el período velasquista de la Revolución peruana- de la depredación de las oligarquías internas que los debilitan y, cuando no queda otro camino, de la dependencia imperialista exterior. Pero que esto mismo hace a dichas fuerzas armadas inseparables de los movimientos sindicales y campesinos, cooperativos y sindicalistas que nos vienen caracterizando contemporáneamente como una de las inconfundibles vanguardias de la nueva sociedad humana.

- El esfuerzo enérgico y disciplinado por seguir alcanzando los niveles económicos de desarrollo selectivo y complementario dentro de nuestra comunidad hispana de naciones, de intercambio e integración, de potenciación entre todos aquellos vectores de la vanguardia tecnológica que realmente nos interesen, pero que hemos de aunar con la firme decisión de sacudirnos la corrupción individual y social, igual que las dictaduras; a fin de disponer de la infraestructura, equipamiento y vida colectiva libre indispensables para explorar todas las posibilidades de nuestra nueva sociedad democrática mancomunada.

Las nuevas formas de colaboración y equilibrio en que se aprovechen al máximo el "saber hacer" y lo que haya de sano sentido conservador, inversor y organizador de nuestro empresariado nacional, tanto como en las mejores fuerzas libres e innovadoras, comunales y justicieras, humanistas y populares de las respectivas vanguardias nacionales.

- La colaboración activa de las fuerzas económicas y de la administración pública, con la inteligencia, la cultura y el espíritu, la Universidad y la innovación, la crítica creadora y la mejor esperanza colectiva.

- La hermandad redescubierta, por encima de todo dogmatismo ideológico, entre los innovadores o encaminadores, los organizadores y los comuneros de la base, en toda experiencia colectiva. Es decir, la ayuda, entrega, o apoyo mutuos capaces de traducirse en modos nuevos de desigualdad muy moderada entre los tolerablemente ricos y los tolerablemente pobres, de igual manera que en la responsabilidad siempre compartida entre la inteligencia comunal y pueblo trabajador; hasta llegar a hacer objeto de enérgico rechazo colectivo toda nueva propensión posible, bajo cualquier forma inesperada, a la siempre aberrante oligarquización o dominación de los libres, de los miembros de la comunidad política.

- La superación histórica definitiva de toda la larga serie de nuestras oligarquías anticomunales -feudales y señoriales o absolutistas, clericales, liberales y marxistas, partidocráticas y estatales, fascistas, burocráticas o tecnocráticas-, para educarnos en sustituir con un reequilibramiento comunal constante, de grupos libres de hombres libres, los excesos antihumanos a los que han conducido las filosofías modernas del individualismo burgués y del colectivismo estatal.

- La convergencia nueva, de cara al futuro, entre la fuerte tradición del humanismo trascendente y cristiano que viene inspirando nuestros populismos ibéricos, tradicionales y revolucionarios, y la racionalidad crítica inherente a la sociedad científica y tecnológicamente avanzada.

- Y del mismo modo, todas las múltiples e indispensables formas innovadoras que reclaman la coherencia redescubierta de nuestro sistema de vida: entre el equilibrio ecológico y el desarrollo; entre Iberoamérica y Europa; entre una sociedad avanzada superadora del modelo urbano-industrial y la rural evolucionada en agrovillas y comarcas dotadas de altos grados de implantación tecnológica, de servicios y capitalización; o entre las nuevas experiencias de educación libre y cultura creativamente socializada y el despegue vigoroso de nuevas formas de experiencia profunda del espíritu y el amor fraternal.

Sólo una sociedad que afronta creadoramente su acceso a niveles más altos, no transitados antes, de superación de las contradicciones no resueltas que la tienen sometida, se hace capaz de que otros sigan los mismos caminos nuevos que ella ha explorado.

--- ---

4. La reafirmación de la propia identidad cultural del Occidente hispano, en el relanzamiento actual de todos los pueblos y culturas. La agresión cultural de los modelos importados.

Todo sistema descansa en su capacidad de autoafirmar la propia identidad, produciendo incesantemente, frente al cambio de las situaciones, formas innovadoras de coherencia interna, de equilibrio externo, y de capacidad de elevar todo conflicto que la amenace hasta un nivel más alto, en el que aquél deje de tener sentido. Como ya hemos considerado, hoy existe en la gente de hablas española o portuguesa una comunidad humana de pueblos dispersos, cuya población reúne a más de la décima parte de la humanidad. Básicamente somos España y Portugal y las Américas española y portuguesa. Pero también hemos visto que son "Españas" dispersas, a imagen mestizada siempre de la misma maqueta originaria, Filipinas, los viejos enclaves orientales portugueses y los nuevos pueblos, dramáticamente nacientes, luso-africanos o ibero-africanos.

España, las "Españas" de nuestra identidad cultural, son la democracia más antigua y radicalmente social de Occidente. Lo que nos han legado las generaciones casi míticas que, igual que les ocurre a todos los pueblos, nos identificaron en la evolución humana, fue la pasión por la liberación del hombre, en comunidades libres: el ideal perenne de una democracia para todos. Algo bien distinto de la democracia señorial, de los ricos contra los pobres, que se han planteado después modernamente, cuando los españoles e hispanoamericanos eran batidos de su primer escenario histórico.

Por su búsqueda incesante del nuevo mundo, de la realización de nuestro arquetipo primordial del grupo libre de hombres libres, España nunca ha dejado de ser la maqueta experimental de todo un Occidente hispano, ahora en trance de clara recuperación o renacimiento. Pero igual que un "telón de acero" divide a las dos Alemanias después de la segunda guerra mundial, también vienen estando partidas veintitantas Españas a partir de las ocupaciones, desde el siglo XVIII, de todos nuestros actuales enclaves coloniales, y de las hipotecas o dependencias impuestas en el momento de su emancipación a las actuales naciones iberoamericanas.

Lo que nos une hoy a todas las Españas dispersas es nuestro proyecto de futuro: la formidable empresa conjunta que, para dar realidad a todo lo que aún sigue pendiente de lograr en los grandes arquetipos primordiales forjados por nuestro idioma radical, tenemos hoy que hacer los pueblos que nos afirmamos en una misma identidad cultural. Si no es uniendo nuestras actuales sociedades nacionales en ese nuevo proyecto, ninguno de nuestros pueblos podrá superar en solitario la marginación internacional y el subdesarrollo que nos acarrecó nuestra desunión contemporánea.

El pueblo histórico -pueblo de pueblos- de España es así constantemente una comunidad plural. No otra es la explicación de nuestra siempre agónica y proteica comunidad de las Españas. Originariamente, la España moderna resultó del pluralismo en que interactuaron las Españas de hispano-cristianos, hispano-islámicos e hispano-judíos, mezclados a su vez - con la pugna entre la España de las ciudades comuneras y la del feudalismo tardío. De modo análogo, nuestra historia contemporánea tiene por protagonistas las Españas ideológicas -el Perú, la Argentina, el México, etc.- comunal-populistas, con sus tradicionales contradicciones polarizadas, las oligárquicas reaccionarias y las de los populismos libertarios, en enfrentamiento constante con nuestras posteriores formas "progresistas" de identidad importada: la liberal-capitalista y la marxista-comunista; a más de los restantes totalitarismos y dictaduras producidas tardíamente por nuestra "cultura de derecha".

5. La nueva alternativa del humanismo hispano emergente.

El hombre libre en el grupo libre, y el pueblo de pueblos libres, han sido en cambio el fundamento constante de la identidad cultural y la democracia comunal de los españoles; o sea, de los hispanos de Europa, América y de las demás regiones hispanizadas del mundo. Todos los participantes en la comunidad política -sin distinción de sexo, edad, raza, condición social, rango, religión o cultura vernácula- han constituido con igual derecho, en el paradigma de nuestra democracia comunera y románica medieval, o en el de la indiana moderna, una misma sociedad comunal. Este es nuestro rasgo identificador primordial.

Esta radical convicción cristiana y sustantivamente libre sigue siendo el motor irremplazable para el relanzamiento en curso, a partir del actual Occidente hispano, de nuestra antigua sociedad comunal o comunera, abierta ahora a todos los pueblos en el seno de la civilización científica. - Pues a una nueva sociedad comunal, lo que tendrá que caracterizarla -en condiciones de que todas las culturas la puedan traducir a su peculiar e irrenunciabile identidad propia- es la "fábrica de libres" que asegura la construcción histórica efectiva de una verdadera sociedad de hombres y de comunidades libres. Eso sí, partiendo en nuestro caso de la peculiar perspectiva quijotesca, agónica y utopiana del hombre hispano.

Estos son los términos positivos -junto a los que interactúan los contradictorios y los antodestructivos-, en los cuales, dentro de una so-

ciudad que el hombre de nuestra era ha hecho ya, efectivamente, civilización científica de manera irreversible, las Españas actuales vienen gravadas de una sociedad nueva. Esta es obra de dos focos complementarios de energía colectiva:

- la acción emprendedora del hombre nuevo, desencadenada en grupos libres de innovadores, de dirigentes y científicos comunales; en un nuevo estilo de hombres y mujeres de conciencia y experiencia profunda;

- y la recuperación, abierta al futuro, creativa e imaginativa, de la identidad solidaria o mancomunada y libre de nuestro pueblo de pueblos del Occidente hispano, por parte de nuestra inteligencia comunal y de nuestros movimientos populares.

6. El salto de nivel a la democracia comunal.

- a) Una economía comunal, en tanto que sistema que mancomuna y no divide.

Para dar hoy todas sus potencialidades a una economía libre de mercado, es indispensable establecer la racionalidad estricta de un nuevo sistema socioeconómico integrado. Su característica fundamental tendrá que ser la adaptación de los subsistemas de economía capitalista y estatal a la regulación y control ejercidos por la autoridad de cada comunidad política. Lo cual requiere añadir a los circuitos propios del subsistema que representa la empresa de propiedad privada o capitalista, y a los de la empresa de propiedad pública o estatal, los de la empresa cooperativa o asociacionista dentro de su propio sector o subsistema comunal.

Este subsistema comunal tiene su origen entre nosotros en aquella aludida y antigua democracia comunera española; actualizada después en la obra moderna de los municipios comunales, peninsulares y criollos -hasta su desamortización-, o de los misioneros comunialistas indianos; y en nuestras experiencias contemporáneas de las colectividades libres -Guerra Civil española- y del cooperativismo. Hoy cabe adecuar así los circuitos económicos a la intensa batalla apremiante contra el desempleo masivo que ha venido provocándose tan erróneamente, por medio de formas nuevas de empresa comunal, complementaria de las actuales empresas privada y pública, que al fomentar cuantitativa y cualitativamente la empresa cooperati

va y autogestionaria no sólo encaucen una verdadera economía humana, sino que ofrezcan también nuevas posibilidades para reorientar enérgicamente - los actuales dispositivos masificadores del trabajo, del paro ocioso subven_ cionado y de una seguridad social tan burocratizada como no-reproductiva.

En el contexto de ese nuevo sistema socioeconómico integrado parece fácil ya trascender la simple democracia formal y elitista, para re_ descubrir el ámbito -indispensable siempre- de una efectiva democracia económica y social. En la cual sea requisito esencial que queden al servicio de la plena realización personal y familiar de los ciudadanos, o de los comu_ neros, este sector participativo de las empresas de la comunidad trabajado_ ra organizada.

Las mencionadas empresas cooperativas integrales, comunales, representan lógicamente la modalidad más eminente de un sistema económi_ co de participación, a cuyos subsistemas restantes tendrán que servir de re_ ferente asociativo, mancomunador. Necesitan ser empresas competitivas - con las públicas y privadas; que aseguren su propia reproducción ampliada del capital; capaces de integrar el banco cooperativo que autonomice al pro_ pio sector y estimule la alta investigación tecnológica; articuladas con un sindicalismo comunal de producción que abarque a la entera comunidad tra_ bajadora; verdadero "sector testigo", apto para dar transparencia a la totali_ dad del sistema económico; abiertas por igual, tanto a las economías de la industrias y los servicios, como a la agraria de un campo y una producción alimentaria altamente industrializados, capitalizados y tecnificados.

b) La nueva democracia de participación plena.

Quizás no se pueda pedir a todas las fuerzas políticas que inter_ vienen en este momento abierto del desenlace de la gran transformación co_ munal contemporánea, que en sucesivos momentos emergentes han venido protagonizando los pueblos de identidad hispana, que tengan clara conciencia de lo que representa este mismo proceso que proyecta sin cesar hacia ade_ lante nuestra compleja y singular mutación contemporánea. Los dogmatis_ mos y dependencias ideológicas pueden falsificar -como han venido hacién_ dolo- de modo irreparable la comprensión de un acontecimiento de tanta magnitud como lo vienen siendo nuestros más de cien años de trágica histo_ ria colectiva, que han impreso posiblemente la marca más profunda en la evolución política mundial de nuestro siglo.

Un Estado democrático que trate de orientar el pluralismo de hecho hacia un sistema coherente, en el que los valores libres y asociativos

configuren toda la vida común, tiene que evitar siempre que los partidos políticos adquieran un protagonismo excesivo. El gran servicio de los partidos políticos a cada una de nuestras comunidades populares y nacionales estará justamente en ser "reguladores de comunidad"; en su estímulo vigoroso a la participación pública en las responsabilidades comunales -cooperativas, sindicales, asociacionistas, locales, regionales, culturales, religiosas, etc.-; y en su idoneidad para el fomento de nuevas experiencias populares que garanticen la presencia real del pueblo en toda la complejidad de la vida común. Para ello los partidos tienen que superar los peligros -que han arruinado en casi todos nuestros países sus posibilidades como "escuelas de ciudadanía" libre y mancomunadora- de su elitismo intrínseco y de su tendencia a la manipulación y masificación popular.

Esta plena educación del pueblo para una gestión democrática integral, no implica, pues, ninguna postergación de los partidos. Lo que sí traerá consigo es que el arraigo de éstos en una conciencia popular mancomunada, e inspirada en los más altos valores de la realización del "hombre nuevo", venga dada en base a dos factores esenciales:

- a la compenetración inteligente y no masificada, responsable y participativa, de sus propios militantes, concienciados por su particular ideología;

- y al reconocimiento popular por la esforzada tarea de reconstrucción de estructuras comunales vivas que a su modo, y tanto desde el gobierno como desde la oposición, ese mismo partido haya sabido llevar a efecto.

En sus consecuencias prácticas, la estructuración democrática en curso de la comunidad política necesita entre nosotros responder, pues, a una doble condición básica:

- El aprovechamiento racional previo de cuanto hay de válido para el cultivo de las libertades humanas en la experiencia de la democracia formal moderna.

- Sobrepasar las limitaciones elitistas u oligárquicas de esta última; para redescubrir las ilimitadas posibilidades inherentes a la comunidad fundamental del hombre: hacer de la vida ciudadana educación permanente para la ayuda mutua; estimular en todo la asociación voluntaria o de mano-común entre los libres; fomentar creativamente nuevas formas de libre iniciativa y de colectivismo libre y mancomunador.

Un nuevo comunalismo, post-agrario y post-industrial, un característico comunalismo hispano innovador, pasa a ser así -en términos de una original "sociedad compartida" o pluralista, también ideológicamente- un nuevo estilo de movilización popular, capaz de autoafirmar constructiva y constantemente a todas las partes o segmentos de nuestra sociedad en el esfuerzo por la construcción de un régimen democrático de plena participación.

Cualquier sociedad o cultura, estructuradas en democracia política, constituyen siempre un complejo sistema autorregulado de elementos individuales y subsistemas integrantes. Todos éstos necesitan, para la permanencia del sistema, equilibrarse recíprocamente en el conjunto global, en respuesta a las posibilidades y las limitaciones cambiantes, tanto intrínsecas como del entorno. En una sociedad comunal o de participación plena, su análisis sistemático riguroso destaca tres subsistemas fundamentales, a los que necesariamente se refieren - y en los que se estructuran los comportamientos y los intereses de los ciudadanos.

- Por lo pronto, la entera comunidad trabajadora y poblacional constituye un subsistema de base, integrado por la vida común misma de los comuneros. A éste le corresponde el "poder social o comunero" originario, del que ha ido desarrollándose después toda sociedad global compleja.

- Un segundo subsistema esencial es el que acumula todos los servicios prestados por los cuadros técnicos y especializados, que tienen a su cargo la continuidad y eficiencia del cuerpo social. Los participantes de este subsistema ejercen el "poder organizador".

- En tercer término, por último, cabe distinguir el "poder innovador" o encaminador, propio a su vez de una autoridad moral, mancomunadora, no autoritaria. En él culmina toda jerarquía abierta -opuesta a todo jerarquismo involutivo- de valores del espíritu y de la inteligencia creadora, actuante a todos los niveles de una verdadera comunidad libre de hombres libres.

Cualquier situación actual de "sociedad distorsionada" lo que está reclamando es que sea reconocida así de nuevo -por un Estado transformado, consciente de su exclusiva razón de ser mancomunadora- esta referencia estructural de toda comunidad política a sus tres sectores sistémicos primordiales: el comunero, el organizador y el innovador.

La coyuntura que atravesamos nos exige, pues, que la afrontemos con una gran fuerza transformadora, si hemos de poder autoafirmarnos y seguir siendo nosotros mismos. Nuestro sistema de vida se nos muestra abierto así a un doble horizonte político innovador:

- Primero, la construcción de la nueva sociedad: una democracia mancomunadora de participación plena, en torno a la cual se centre nuestra aportación a la nueva civilización post-industrial, planetaria y científica.

- Segundo, el redescubrimiento del proyecto hispano-común, en términos de alternativa genuinamente nuestra frente a los agotados modelos del bipolarismo mundialista impuesto a la humanidad tras la segunda guerra mundial.

Quienes nos autoidentificamos en base al sistema de valores y arquetipos de nuestra cultura hispana, o ibérica, mestizada, sabemos de siempre que la democracia es un régimen comunal: estructurar la vida común -política, económica y socialmente- de modo que alcance con eficacia, aquí y ahora, la aspiración universal a la realización del hombre libre en una verdadera sociedad de libres.

La nuestra necesita ser así una democracia nueva, a la vez que inconfundiblemente ibérica, que nos permita reincorporarnos a la escena histórica. Afirmar esta nueva democracia es decir que estamos atravesando nuevamente una hora crítica; que aquí hay tarea para todos y aún nos van a faltar manos, energías y recursos; que el único lujo que no podemos permitirnos ahora es el de desperdiciar una sola mano, un recurso utilizable, una porción de energía entre las limitadas de que disponemos.

--- ---

7. Estructuras comunales y sociedad avanzada.

Todo lo que sea la conquista de la libertad interior y de la libre comunidad humanas carga entre nosotros con la sospecha, cuando menos, de lo absurdo y disparatado. Y lo que sí es cierto es que nadie alcanza esos niveles de la propia realidad si no es al precio de pasar a través de la paradoja, de la desmesura. Ya en el concepto de "estructuras comunales" hay una contradicción. En todo lo "comunal" leemos siempre una referencia directa -que en cambio en la noción de lo "social" se opaca- a los proyectos con que esa libertad profunda, o sea el espíritu libre del hombre, quiere y en cierta medida puede vencer la resistencia de la realidad de su entorno, hasta hacer de ella, transformándola, la realidad más plenamente humanizada que estaba por ser. Al paso que en ese duro juego el hombre mismo va logrando hacer de sí el libre que en su propia intimidad está por ser.

Pero por otro lado, la noción de "estructura" está expresando las cristalizaciones en que los proyectos del espíritu libre del hombre se concretan, de la única manera posible: "materializándose". Es decir, sufriendo la refracción o el sesgo consiguientes a haber pasado del "medio" espiritual en que tales proyectos fueron concebidos, al "medio" material en el que tienen que realizarse. Proceso al final del cual apenas nos encontramos ya con otra cosa que con estructura muerta.

Dualidad crítica del existir, e incluso del ser mismo del hombre, a partir de cuya paradoja se han originado todos los conflictos y hundi-

mientos de la historia, más todas las tempestades, fracasos y resurrecciones interiores de cada libre; y en la que las ciencias sociales y humanas siguen necesitando y no han podido hasta ahora afinar su hermenéutica interpretativa y su lógica sistémica propias.

Sin embargo, la contradicción señalada sube de punto si además añadimos la pretensión de que esas "estructuras", que ya no serían mero archivo arqueológico de sus respectivos "proyectos" fósiles o momificados, sino canal y herramienta adecuados para la realización del proyecto comunal que declaran, están en condiciones de "vehicular" una "sociedad comunal -avanzada". Nada menos que la realización del proyecto humano esencial; el proyecto mancomunador inherente a nuestro específico sistema libre; el paradigma perenne -aunque lo hayamos perdido en nuestro tiempo, como estremecedoramente ha intuído Edgar Morin- del "libre en común de libres".

--- ---

8. Una sociedad de civilización humanista es posible.

Porque esa cascada de contradicciones adonde conduce es a la capacidad de afirmar, desde el "poder de la esperanza" que ha dinamizado toda la historia, que la única alternativa de sociedad optimizadora del hombre que estas vísperas universales de la "Tercera Guerra Mundial" permiten concebir todavía, es realizable: está al alcance del hombre. Que la sociedad de "comunidad indivisa" detectada por Pierre Clastres (1) en todo el espléndido comienzo de la evolución del hombre, puede ser recuperada ahora, en forma de sociedad de "civilización comunal", después de este breve y escarmentado período histórico en que el hombre se ha obsesionado nada más que en estructurar sistemas de dominación con una sociedad de "civilización dualizada", oriental y occidental, de los últimos milenios.

- Bien visto, sólo "al diablo se le ocurre" inventar la sociedad de dominación. Porque era bien lógico que lo peor no iban a ser, en medio de todo, los sistemas de dominación del refinado, del guerrero o del sacerdote -recordemos la fascinación que sobre Landauer ejerció la "sociedad de cristiandad" medieval-; sino que tendríamos que terminar por dar de brues, como nos ha ocurrido, en la más abyecta de sus formas posibles: nuestra actual sociedad centrada en el paradigma mercantil y tecnoburocrática; es decir hecha estrictamente a la medida de los mercaderes; por supuesto, de los mercaderes de hombres, incluidos los soviéticos. Era difícil, en efecto, dar hoy con un título más sugestivo que los "Deux siècles avec Lucifer" de Clavel.

Nuestra reflexión tendría así que centrarse ante todo en "ver" de una vez que las "estructuras comunales" pertenecen al mundo de los hechos (2) y no al de las entelequias de gabinete. Porque gentes alucinadas - nos han contagiado de su "realismo". Según ellos, el hombre alucinado - -por la nutrición, por la reproducción o por el poder- es todo el hombre y el libre no existe; las estructuras -sobre todo sus sistemas de dominación- son toda la sociedad y toda la historia, pues el "grupo libre de hombres libres" no ha existido nunca, ni puede existir. Escapar a esta especie de "hechizo de todos" y volver a la realidad es el trance quijotesco -la decisión de descabalar el tigre en que nos encontramos enloquecidamente al despertar de este mal sueño- al que está abocado el "destino" del hombre en este momento.

--- ---

9. Los cuatro grandes ciclos comunialistas hispanos.

A este fin, me limitaré a señalar que en otra parte (3) tengo sistematizados los cuatro grandes ciclos doctrinarios y experimentales que cabe distinguir en el desarrollo histórico del utopismo o comunialismo hispano: los que he llamado ciclos "revolucionario comunal", "misionero indiano", "místico castellano" y "comunero originario". Para poder leer este vasto registro de los antecedentes vivos y no meramente estructurales acumulados durante diez siglos por el "proyecto" o "identidad cultural" del hombre español, hispánico, en la evolución humana, hay que hacer ante todo una distinción drástica entre lo que en nosotros han sido y siguen siendo, por una parte, "pueblo comunal" más "inteligencia comunal"; y de otro lado, las "oligarquías" anticomunales, dominante y subsidiaria -señoriales, burguesas, marxista-leninistas, tecnoburocráticas-.

Y luego, aprender a hacer esa lectura, no según ningún código arqueológico, sino mediante una hermenéutica comprensiva, capaz de permitirnos descifrar prospectivamente el "rastro" que las generaciones populares y creadoras que nos precedieron han dejado de su paso, tanto en España y Portugal como en el resto de la comunidad hispana de pueblos hispanizados de todos los continentes: principalmente Iberoamérica y minorías hispanas en USA, Filipinas y Africa Ibérica.

Con nuestro ciclo "revolucionario comunal" estoy aludiendo al período que transcurre -en España e Iberoamérica sobre todo- desde nuestra desamortización anticomunal de 1855 hasta hoy. Sus manifestaciones ál-

gidas están en las colectivizaciones libertarias de la guerra civil española -prefiguradas ya en el patriotismo rebelde e "internacionalista" de 1873 - (4) y en el período iberoamericano que abre el agrarismo de Zapata, desencadenante de la Revolución mexicana de 1910 (5), y se cierra con la experiencia "velasquista"(6) de la Revolución peruana (1968-1975).

El ciclo "misionero indiano" configura lo más permanente de la acción cultural y humana española en América, junto con la institucionalización de los Cabildos municipales y las grandes urbes y Universidades criollas (7). Todo el comunalismo indiano, opuesto a la creciente implantación marginal de unas oligarquías peninsulares y criollas que extranjerizadas definitivamente iban a bloquear nuestros siglos XIX y XX, tuvo en suma sus núcleos promotores en los misioneros comunales, sobre todo jesuítas y franciscanos (8).

En el ciclo "místico castellano" se cifra un acontecimiento paralelo a la gran explosión misionera indiana, si bien la Inquisición tuvo oportunidad de reducir su alcance precipitadamente. En una civilización como la española en la que -para bien y para mal, y en contraste con Europa- no ha sido el Estado sino la Iglesia, hasta hace muy pocos años, la cima de nuestra constitución histórica, toda esa experiencia de libertad absoluta y de comunalismo cristiano vivida desde nuestras órdenes monásticas, máxime en torno a las figuras de Fray Juan de la Cruz y Teresa de Avila, constituye uno de los focos-clave de la presencia activa del espíritu libre en la evolución humana (9).

Por último, el ciclo "comunero originario" abarca los ocho siglos de la "reconquista" o democracia comunera hispana sólidamente asentada en sus Cartas pueblas o forales de los siglos XI al XV; y cuya liquidación, al aplastar Carlos V la Revolución de las veteranas Comunidades de Castilla (1520-1521), arruina el colectivismo libre y casi soberano de nuestras ciudades y tierras comunales (10). Aunque no tanto que no se sientan aquéllas todavía las depositarias plenas de la soberanía, en España y en América, ante la invasión napoleónica; o que las desamortizaciones anticampesinas de 1855 no tengan ocasión de arrancar aún a los municipios comuneros más del 20 por 100 de la tierra cultivada del país (11). Catástrofe que se extiende por igual hacia esas fechas en toda la América española.

--- ---

10. El modelo comunal de sociedad avanzada.

Con lo que ya estamos en un segundo momento de esta reflexión. Lo que necesitamos es saber leer el "rastros" que han dejado esos hechos, repetimos, no como quien hace arqueología, sino comprendiendo hasta qué punto están manifestando uno de los fundamentos más aprovechables de toda la herencia universal actual, para sistematizar "el" modelo mejorativo u optimizador por excelencia del hombre que la humanidad -la "nueva humanidad"- tiene franqueable por fin ante sí, a título de "modelo comunal de sociedad avanzada", "socialismo comunal", "democracia comunal", "Mancomún o "sociedad de libres".

Claro que este modelo hispano de sociedad avanzada ya no puede ser predominantemente agrario, como lo fueron nuestros comunismos clásicos -aunque nunca faltaran en ellos fuertes particularidades urbanas y fabriles, pre-industriales e industriales. Más bien tiene que ser planteado desde los supuestos, ya discernibles en buena parte, de la por todas partes prevista civilización post-industrial. Por otro lado, es necesariamente alternativo al modelo capitalista de Estado. Hace ya más de un año que he dedicado las casi cuatrocientas páginas de un libro de exploración de nuestro futuro (12) a estudiar la "revolución comunal" cuyas fases preparatorias ha cumplido ya España, así como el sistema global de la sociedad hispana o ibérico-americana de naciones.(13).

Cumplidos ya los tiempos de las Revoluciones burguesas de ingleses, franceses y norteamericanos, y de las marxistas soviética y subsi-

güentes, alguna tendencia dotada de esperanza y perspicacia todavía desu-
sadas entre nosotros tendría que estar reconduciendo aprisa nuestra nueva
situación democrática hacia la gran realización alternativa -obra de una
vanguardia nueva, humanista, creadora y comunal; y fecundada con expe--
riencias mancomunadoras sociales de todo tipo- que la esperanza de los
pueblos vislumbraba hace cinco años en los españoles recuperados de la dic-
tadura de post-guerra. En vez de ello seguimos quizás perdiendo un tiempo
precioso, al pensar miméticamente en ahorrarnos el esfuerzo creador que
la realidad interna y el entorno nos siguen exigiendo.

La cuestión no sería mayormente grave si todo se redujera a
la consabida disputa entre grupos de intereses y partidos clásicos por si--
tuarse en el poder. El problema es que por primera vez desde hace cuatro
cientos años, tenemos un pueblo "en forma" para hacer de nuevo, más allá
de las estructuras cristalizadas de siempre, nuestro proyecto libertador y
mancomunador del hombre; que logra alcanzar este momento, como socie-
dad histórica, nos ha costado demasiado; y por si fuera poco, que los conta-
dos pueblos que tienen ahora algo decisivo para decir disponen de un tiempo
muy corto para dar forma a su proyecto y empezar a construirlo sobre pie-
dra, antes de que se nos venga encima la riada que los signos en profundi-
dad anuncian que está a punto de abatirse sobre los hombres.

--- ---

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) PIERRE CLASTRES, "La Societé contre l'Etat", París, 1974; 187 páginas.
- (2) ANTONIO GARCIA, "Cooperación agraria y estrategias de desarrollo", Siglo XXI, México, 1976; 291 páginas.
- (3) MANUEL LIZCANO, "El nuevo proyecto español", Dosbé, Madrid, 1977; 124 páginas.
- (4) GERALD BRENAN, "El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil", Ruedo Ibérico, París, 1962; 301 páginas.
- (5) BURNETT BOLLOTEN, "La Revolución española. Las izquierdas y la lucha por el poder", Jus, México, 1962; 334 páginas.
- (6) CARLOS DELGADO, "Revolución peruana. Autonomía y deslindes", Contratiempo, Lima, 1975; 289 páginas.
- (7) INDALECIO LIEVANO, "Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia", Tercer Mundo. Bogotá, 1962; 2 volúmenes.
- (8) GUILLERMO FURLONG, "Misiones y sus pueblos de Guaraníes", Universidad de El Salvador, Buenos Aires, 1962; 788 páginas.

ORESTE POPESCU, "Sistema económico de las Misiones jesuítas", Ariel, Barcelona, 1977; 198 páginas.

(9) CLAUDE TRESMONTANT, "La mística cristiana y el porvenir del hombre", Herder, Barcelona, 1980; 201 páginas.

GERALD BRENAN, "San Juan de la Cruz", Laia, Barcelona, 1974 ; 207 páginas.

(10) JOSEPH PEREZ, "La Revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521)", Siglo XXI, Madrid, 1977; 719 páginas.

(11) JOAQUIN COSTA, "Colectivismo agrario en España", Americalee, Buenos Aires, 1944; 437 páginas.

(12) FRANCISCO SIMON SEGURA, "La desamortización española del Siglo XXI, Instituto de Estudios Fiscales (Ministerio de Hacienda), Madrid, 1973; 328 páginas.

(13) MANUEL LIZCANO, "La Revolución comunal. Hacia una nueva comunidad ibérico-americana", Dosbé, Madrid, 1979; 384 páginas.

A N E X O

GUIÓN TEMÁTICO DE UN ESTUDIO FUNDAMENTAL QUE HABRÍA DE DESARROLLARSE, PARA UN ANÁLISIS PROSPECTIVO DE LA "NUEVA REALIDAD" ESPAÑOLA.

Objetivos para una alternativa creadora en el proceso de modernización español y de una nueva Comunidad Hispánica de Naciones.

- O. Marco de referencia. La escena mundial en la que hemos entrado: la década de los ochenta.
1. Escena de la "nueva realidad" española.
 - 1.1. El restablecimiento de la democracia en España.
 - 1.2. Los condicionantes desde el entorno internacional.
 - Estados Unidos
 - C.E.E.
 - U.R.S.S.
 - O.P.E.P.

- "América Latina"
- La crisis mundial.

1.3. Diseño para un análisis sistémico de la sociedad española.

- Area del desarrollo: estructuras científico-tecnológica y económica.
 - . El dimensionamiento económico alcanzado dentro del conjunto internacional: logros y fallos.
 - . La situación española ante la búsqueda generalizada del "nuevo orden económico" internacional.
- Area del espíritu: estructuras cultural y personal.
 - . El pluralismo incoherente de los proyectos y las conciencias de España.
 - . El conflicto entre la sociedad de consumo y la búsqueda de una identidad esencial.
- Area de la política: estructuras comunal y política.
 - . La "zona ciega" aún no resuelta de la guerra civil.
 - . Los límites del modelo de democracia adoptado.

1.4. El "error estratégico" del primer quinquenio post-franquista.

- La diplomacia del "no protagonismo" en Iberoamérica.
- La arbitraria insistencia en renunciar a la responsabilidad internacional de una potencia intermedia, que parte hace treinta y cinco años de una situación análoga a la japonesa, sin evaluar en su resurgimiento las superiores dimensiones de base de que dispone.

2. Escena de la "nueva realidad" en la sociedad hispano-hablante o hispánica.

2.1. La descomposición contemporánea del conjunto hispano-hablante y su inserción periférica en el "Occidente industrial".

- 2.2. Las dualizaciones "centro-periferia" internas.
- 2.3. "América Latina" o la exclusión de España.
- 2.4. Filipinas y Puerto Rico, las fronteras abatidas.
- 2.5. La hispánica, una sociedad sumergida.
 - Balance positivo. Necesidad de una evaluación sistémica rigurosa de los "restos útiles" que, para la construcción de la "nueva sociedad", emergen del antiguo naufragio del Occidente comunal hispánico.
 - Factores residualmente negativos. La parte del conflicto no superado que ha arrastrado consigo, desde el principio, todo el complejo proceso de la mestización étnica y cultural.
 - Otro análogo ha venido siendo el de las singulares fobias intrahispánicas al nombre de España, perceptible en las expresiones, tan interesadamente generalizadas, de "América Latina" o de "Estado español".
- 2.6. La decadencia universal de las dos versiones -sociedad de mercado y "estado-providencia"- del "Occidente industrial".
- 2.7. La inesperada irrupción del actual resurgimiento hispánico.
- 2.8. Los ochenta, década del crecimiento económico de "América Latina".
3. Antecedentes para la memorización informática fundamental, al proyectarse un relanzamiento creador español e hispánico.
 - 3.1. El hecho del colapso de la democracia comunal en el Renacimiento español, "frustración moderna de arranque" y foco de dispersión en el que se apoyan múltiples formas de desviación colectiva posteriores.
 - 3.2. La España moderna, en cuanto serie de secuencias que marcan la incrustación impuesta en la vida española de sucesivos sistemas y hechos de fuerza.

- Villalar y el absolutismo centroeuropeo de los Austrias.
- El modelo renacentista o erasmista del "Occidente ecuménico hispánico", "Nuevo Mundo" o sociedad de la Utopía comunal.
- La interior bifurcación del proyecto ecuménico español en un sistema de dominación paralelo.
- El desistimiento quijotesco de la empresa española por los grupos intelectuales.
- El despotismo ilustrado: reactivación y nueva desvirtuación de España.
- Los Siete Pueblos guaraníes, apoteosis agónica del comunismo evangelizador español.
- La desmembración de la Monarquía Hispánica, "gran estreno" universal del "Tercer Mundo".
- La oleada desamortizadora de las tierras comunales campesinas, a lo ancho de todo el anterior movimiento social de la Independencia.
- La doble expansión de la "revolución francesa" y la "revolución rusa", en base a oligarquías internas de ocupación, en toda la sociedad hispano-hablante.
- La prolongación del antiguo fenómeno de los "afrancesados" dieciochescos en la perfecta "homologación internacional" de buena parte de los cuadros que ocupan la escena en la actual "clase política" española.

4. Hechos y grupos portadores de futuro, desencadenantes del nuevo campo de posibilidades español y de la sociedad hispano-hablante.

4.1. En el campo del desarrollo.

- Las nuevas potencialidades tecnológicas, económicas y organizacionales.
- La estrategia hispánica que se desprende de escenarios como los estudiados por la OCDE, o de Informes importantes como "El desafío mundial".

4.2. En el campo cultural o del espíritu.

- Las tres últimas grandes generaciones intelectuales españolas -la de Costa y Unamuno, la de Ortega y la de Zubiri- (†) y sus equivalentes en cada sociedad nacional hispano-hablante, están presionando creativamente sobre la actual generación que asume el cuarto final del siglo.
- La autoexclusión, en buena parte impuesta, de la Iglesia como factor político, mientras que lo fue esencial en la anterior historia española, permite salir de nuevo a la superficie importantes energías y valores cristianos de alta calidad.
- La profunda autoafirmación colectiva, aunque política e intelectualmente inmadura, expresada en la incesante y heroica búsqueda popular de un modelo de sociedad comunal avanzada.

4.3. En el campo político.

- Proyección social contemporánea de todo este renacimiento español y difusión hispánica posterior de los "comunalismos emergentes"; es decir, de los movimientos populares subversivos de recuperación de la tierra despojada.
- Las subsecuentes grandes formas de "conciencia crítica" o analítica, española e hispánica, adquiridas con duros costos sociales desde los orígenes contemporáneos de nuestro movimiento obrero. En primer lugar, la temprana "vacunación" española respecto del "laboratorio de experiencias" privilegiado que la estrategia marxista obtuvo a expensas del movimiento obrero.
- En segundo término, la madura capacidad de reflexión crítica más reciente ante la crispada involución torturadora y terrorista de la ultraderecha, tanto en Iberoamérica como en España.
- En tercer lugar, igualmente, la clara conciencia democrática colectiva, y de las propias fuerzas armadas, ante las graves acciones contra el propio pueblo a las que han empujado a es-

(†) En 1900, Joaquín Costa tiene 54 años y Miguel de Unamuno 36. En 1925, José Ortega tiene 42 años. En 1900, Xavier Zubiri 48.

tas últimas, tanto los extremismos de izquierda como los reaccionarios, en las recientes experiencias iberoamericanas y filipina.

- Experiencia de fondo que orienta la construcción de la democracia española y de los demás países hispano-hablantes, en el sentido de subordinar todas las cosmovisiones pluralistas contrapuestas, importadas de otras culturas modernas y ajenas, al sistema de valores que diferencia universalmente a la "España esencial", al "México esencial", o a la identidad cultural respectiva de cada sociedad nacional hispana y de su conjunto.

5. La aportación española e hispánica a la búsqueda de la salida necesaria, ante la primera "crisis mundial" de la evolución humana.

- 5.1. Todos tenemos que partir de esta inaplazable y dramática búsqueda de salidas que se trata de concretar en el "nuevo orden internacional" y en sus posibles opciones alternativas, ante los términos concretos en que se nos plantea el desafío actual a la supervivencia humana.
- 5.2. La confrontación "Este-Oeste": tendencia universal creciente a la multipolarización centrada en nuevas potencias intermedias, con la consiguiente pérdida relativa de primera importancia internacional para aquella primera polarización; y surgimiento en consecuencia de nuevas estrategias emergentes.
- 5.3. El "diálogo Norte-Sur": significación histórica catastrófica de la negativa, por parte de las sociedades industriales avanzadas, a aceptar la transferencia universal de tecnología reclamada a favor del Tercer Mundo por el "manifiesto de Taif".
- 5.4. El nuevo "diálogo entre los Sures": papel de España y de las demás sociedades nacionales iberoamericanas y filipina - o sea de la nueva "nación hispánica" - en los tres frentes simultáneos del "diálogo Norte-Sur", diálogo directo con el bloque no-alineado - del Tercer Mundo, y nuevo "diálogo entre los Sures".
- 5.5. Los ochenta, la "década decisiva" de España: nueva estrategia internacional urgente de España durante "el decenio de pausa" im-

puesto por la C.E.E.; ya que se abre a España, dentro de la sociedad hispánica, una inmensa posibilidad para hacer viable el "encuentro de los universos" pendiente.

5.6. El "nuevo modelo de sociedad": exploración urgente de las nuevas fronteras para la construcción de la sociedad comunal avanzada.

6. Por haceres prioritarios en la "nueva realidad" española e hispánica.

6.1. Prioridad apremiante de imponerse la comunidad española una "pausa de reflexión" colectiva, al más alto nivel de planteamiento intelectual y espiritual.

6.2. Necesidad de educar y alcanzar una nueva comunidad española, en cuyo núcleo básico de "unidad de libres" quepan todos los pluralismos, aunque sin rebasar su nivel propio de factores secundarios y complementarios, respecto del gran motor dinamizador irrenunciable de la visión del mundo y del hombre que constituye la propia identidad cultural: la unidad o esencia colectiva.

--- ---